

“La larga marcha del campesinado hacia la revolución”. La visión clásica de Francisco Ferrara respecto a las ligas agrarias de los años 70”

Galafassi, Guido (UNQ/CONICET)

En la Argentina de los años sesenta y setenta, habían surgido una gama diversa de organizaciones sociales y/o productivas que planteaban cuestionamientos al modelo dominante de sociedad¹. Los diferentes movimientos de protesta rural en general, y las Ligas Agrarias en su conjunto en particular, se apoyaban en el factor de marginalidad que poseían los pequeños productores y trabajadores rurales en el contexto de la sociedad capitalista vigente. Las Ligas Agrarias que se organizaron en las distintas provincias del nordeste argentino representaron entonces un gran sector de productores rurales, tanto colonos como campesinos, que viéndose marginados del modelo de desarrollo dominante, irrumpieron en la arena de la lucha política de los años setenta, provocando las más diversas reacciones e interpretaciones. En parte fueron interpretadas con miedo y sectarismo por los sectores de poder, como la caracterización de que detrás de ellas se perfilaba la “mano oculta del comunismo” al decir de un editorial del diario La Prensa (27 de febrero de 1972). Pero también, y en sintonía con la efervescencia de diversas expresiones revolucionarias de esos años, fueron interpretadas positivamente como la “larga marcha” del campesinado hacia la revolución. Esta era la posición de Francisco Ferrara en su clásico trabajo sobre las ligas agrarias del año 1973 “Que son las Ligas Agrarias. Historia y documentos de las organizaciones campesinas del Nordeste argentino”.

¹ En este punto no puedo dejar de mencionar lo llamativo que resulta, a pesar de la importancia que asumieron las Ligas Agrarias en los años setenta, la ausencia de su mención en las recientes historias agrarias de la Argentina. Por ejemplo Barsky, en su historia neoclásica del agro, a pesar de mencionar la fuerte caída en la producción algodonera, desconoce la crisis que esto genera en la región chaqueña y el consecuente conflicto entre monopolios y productores que da origen al movimiento liguista (cfr, Barsky y Gelman, 2001).

El proceso de las Ligas Agrarias se inicia a fines de 1970 y prácticamente termina en marzo de 1976 con la destitución del gobierno de Isabel Perón. Una visión diferente a la de Ferrara es la de Jorge Roze (1992) quien veía las Ligas conformadas por una diversidad relativamente amplia de productores, desde campesinos minifundistas pauperizados hasta chacareros medianos. Es decir que este trabajo posterior confronta la posición clásica de Ferrara al quitarle claramente entidad a la noción clasista homogénea de campesinado a la que apelaba este segundo autor. En trabajos propios realizados recientemente también he preferido caracterizar al movimiento de las Ligas como un conjunto más heterogéneo de sujetos sociales del medio rural del nordeste, en donde si bien en algunos sectores la presencia de productores tipo “campesino” era importante, en el conjunto de las distintas Ligas provinciales, la presencia de diversos tipos de minifundios más o menos capitalizados y con una dependencia alta del mercado parece ser la regla predominante. Debido a estas visiones, sino totalmente contradictorias si claramente diferentes, es que me parece muy importante volver sobre la caracterización “campesinista” que hizo Ferrara de las Ligas Agrarias focalizando y apuntando a los argumentos utilizados por este autor para enmarcar las protestas rurales de los años setenta, para de esta manera introducir el debate respecto a la estructura de clases y objetivos de estos movimientos agrarios.

La emergencia de la Ligas Agrarias del Nordeste

El proceso de conformación de las Ligas fue gradual y puede considerarse al Movimiento Rural de la Acción Católica fundado en 1958 como uno de sus antecedentes. Se pasó de una organización exclusivamente evangelizadora a otra claramente reivindicativa al compás de la emergencia de procesos e ideas de rebelión social tanto en el seno mismo de la Iglesia, con el surgimiento de la Teología de la Liberación, como de procesos políticos en toda Latinoamérica, afectando todos ellos en forma notable los debates y la organización de este movimiento rural. Esta evolución dentro del Movimiento Rural no estuvo exenta de una serie de conflictos ideológicos y políticos en el seno mismo de las estructuras eclesiales que llevaron a una gradual transformación del movimiento católico ligado a los productores rurales. En palabras de Ferrara:

“El camino recorrido por el Movimiento Rural de la Acción Católica, según se ha visto, fue divergente con los fines que le fijara la Iglesia al fundarlo en 1958. Esa divergencia se acentuó al ir respondiendo el Movimiento Rural a las necesidades provenientes de los campesinos pobres y medios, las que no eran coincidentes con las necesidades de la Iglesia en tanto institución, aunque sirvieran para que un núcleo de curas se radicalizara y encausara su actividad apoyando al movimiento y a las Ligas Agrarias. En este trayecto, la relación del Movimiento Rural - Jerarquía Eclesiástica rechinó varias veces y terminó abriendo un cauce que delimitaba de manera cada vez más nítida las distintas posiciones que se tenían frente al problema campesino. Mientras que la Jerarquía pudiera actuar en la dirección de las organizaciones agrarias, siempre podría aprovecharlas como ‘fuerza propia’, frenando, llegando el caso, las efervescencias peligrosas y los desbordes incontrolables del campesinado. La evidencia mayor de este juego se encuentra en las posiciones asumidas en el Chaco por el obispo Di Stéfano, quien estimuló y encabezó las tareas de las Ligas Agrarias Chaqueñas hasta que éstas revelaron poseer energía propia como para salirse del esquema que las rotulaba como fuerzas de presión y avanzar hasta enfrentar públicamente al entonces presidente Lanusse, ridiculizándolo y denunciando los compromisos del gobierno con los monopolios”. (pag. 43).

Además de quedar en claro desde el principio que el fenómeno de las Ligas obedecía a un problema de tipo “campesino” aunque sin explicitar profundamente el alcance del término, se evidencia en la cita de Ferrara la contradicción clara que aparece en el seno de la Iglesia a medida que emergen y luego radicalizan su accionar las Ligas Agrarias que la propia estructura eclesiástica había ayudado a concebir. Así, las Jerarquías de la Iglesia siempre sostuvieron la necesidad de que el Movimiento Rural se circunscribiera a las tareas de evangelización asumiendo que la marginalidad de los campesinos, trabajadores y pequeños productores rurales se explicaba fundamentalmente a partir de la escasa formación educativa de estos; las bases del Movimiento Rural y la mayor parte de los diferentes sujetos del campo que se fueron integrando a este, fueron adoptando gradualmente una posición cada vez más radicalizada desde el punto de vista social y político, siendo las tareas de concientización para llevar adelante un proceso de cambio social las premisas básicas de este sector. Un ejemplo de esto puede observarse en los distintos números del periódico “Siguiendo la huella” referidos a la celebración del Día del Agricultor. Mientras el Movimiento Rural se visualizaba a sí mismo como una organización evangelizadora y a lo sumo asistencialista, las celebraciones del Día del Agricultor eran tomadas como días de fiesta. Pero ya en 1968 el Movimiento Rural se pregunta sobre el sentido de estas celebraciones en el marco de precariedad, explotación e

injusticias presentes en el campo. Y desde mediados de 1971, una vez que las Ligas Agrarias habían hecho ya su aparición, “Siguiendo la huella” define claramente al Día del Agricultor como una oportunidad para la denuncia explícita. En el número de agosto se afirma *“Que este nuevo día del agricultor no sea camuflado más con asados, bailes, elección de reinas y todo acto folklórico alguno. Más bien, que sea una verdadera expresión de un pueblo que sufre, de hombres cansados de esperar, de familias que saludan sus pagos yendo en busca de un destino que el campo les ha negado; asumiendo a la vez valientemente el papel que le corresponde, como miembro activo de la sociedad. No dejemos que haga otro lo que a nosotros nos toca realizar”*.

Este enfrentamiento entre la Jerarquía y las bases desembocó en la decisión tomada por la Comisión Episcopal Argentina, a mediados de 1972, de separar al Movimiento Rural de la Acción Católica a la cual siempre había pertenecido. Para este momento ya estaban en pleno funcionamiento las Ligas Agrarias que trabajaban con plena independencia del propio Movimiento Rural, razón por la cual esta decisión solo se circunscribió a una disputa interna dentro de la estructura de la Iglesia Católica.

Las Ligas provinciales y la fundamentación de su accionar

La constitución de las Ligas Agrarias en las provincias del Nordeste se manifestó a través de organizaciones que fueron surgiendo dentro de los ámbitos provinciales pero coordinando muchas o algunas de sus tareas a nivel regional. Así, la cuestión de la autonomía y la diferenciación de cada liga provincial constituye un punto importante de la caracterización y el debate surgido por aquellos años. Jorge Prospero Roze, en diferentes trabajos de fines de los años setenta (aunque publicados recién en los noventa) hace hincapié justamente en el carácter heterogéneo en donde las diferencias con las que se manifiestan las Ligas Agrarias en cada provincia son puntualmente resaltadas, “condicionadas por las estructuras de clase en el interior de las cuales se desenvuelven los productores asociados a las ligas” (Roze, 1992: 11). Ferrara, en cambio, caracterizó en su momento a las Ligas Agrarias como un movimiento social con una fuerte homogeneidad ideológica y de acción a partir de resaltar todas las similitudes que presentaban los distintos grupos en sus acciones y enfrentamientos con las distintas instancias de gobierno (a pesar

de tratarse de grupos diferentes de productores). La hipótesis básica de su trabajo fue precisamente la búsqueda de esta homogeneidad y organización unitaria que representaba el conjunto del campesinado más pobre *“lanzados definitivamente hacia el combate revolucionario”* (Ferrara, 1973: 478). El contexto “revolucionario” de los años setenta marcó fuertemente, sin lugar a dudas, la representación que Ferrara se hiciera de estos movimientos agrarios. Es en efecto, la aparición de luchas en el campo lo que comenzará resaltando y destacando, por cuanto esto representaba el poder llenar un vacío de tal manera de completar el conjunto de los sujetos antagónicos indispensables para llevar adelante un proyecto de cambio social. La importancia que Ferrara le da a las luchas agrarias, lo distancia obviamente de las interpretaciones más ortodoxas que focalizan al sujeto exclusivamente en la clase trabajadora.

“El surgimiento, en 1970, de la primera de estas organizaciones y el posterior despliegue de las Ligas en todo el ámbito de las provincias nordestinas, incorporó a la realidad nacional a uno de los términos fundamentales de la polarización popular revolucionaria, hasta entonces ausente del frente de luchas que tenía como protagonista principal a la clase obrera” (pag. 7)

Las Ligas vendrían así a completar el binomio de las clases fundamentales para todo proceso revolucionario, según esta mirada que tenía muchos puntos en común con la doctrina maoísta que se expandía con fuerza por el mundo luego de la revolución cultural china.

“Esta vigencia plantea para las organizaciones del campesinado pobre y medio la cuestión de su relación política y orgánica con la clase obrera, que permita ir delineando hoy, sobre la base de acuerdos y acciones conjuntas previos, la fisonomía del frente obrero-campesino capaz de encabezar el asalto final a la fortaleza del sistema capitalista dependiente argentino, nucleando tras de sí al resto de los sectores oprimidos” (pag. 484)

La ausencia de importantes movilizaciones agrarias (campesinas según Ferrara) en la historia argentina, colocaban también a las Ligas en un lugar privilegiado, dada la centralidad que asumía este sujeto en el esquema de la lucha por un modelo de sociedad diferente. El camino hacia el socialismo era el eje del análisis de tal manera de colocar la emergencia de estas movilizaciones agrarias en el lugar justo que merecía dentro de los debates teóricos pertinentes al cambio social a partir de una alianza obrero-campesina.

“La carencia en nuestro ámbito nacional de antecedentes de organizaciones propias de ese sector social explotado se había manifestado sólo a través de la teorización acerca de

la necesidad de la alianza obrero-campesina como eje de la revolución capaz de conjugar las tareas antiimperialistas con la lucha contra los sectores de la burguesía explotadora y de colocar -por tanto- a nuestra patria en la senda del socialismo”. (pag. 7)

Para Ferrara, la emergencia de la Ligas Agrarias implicó un hito fundamental en la discusión sobre el socialismo y las clases indispensables para llevar adelante el proceso revolucionario. Estos movimientos agrarios fueron vistos como la demostración cabal de que por fin en Argentina se cierra un ciclo de intentos fracasados y de discusiones cerradas en torno a los sujetos y las estrategias para un cambio social definitivo. El contexto revolucionario de los años setenta impregna fuertemente toda la caracterización del autor respecto a la ligas. Así cierra Ferrara su trabajo:

“El debate en torno a las cuestiones planteadas -relación de la clase obrera con el campesinado, lucha política en el seno de la masa campesina para hacer avanzar su papel, y formas de enfrentamientos con el poder estatal- constituye un terreno que deberá ser abonado por la práctica política y la consecuente lucha ideológica de las masas revolucionarias argentinas en marcha hacia su destino liberador. A estas necesidades contribuirán sin duda de manera decisiva las experiencias realizadas por los campesinos nucleados en las Ligas, cuyo aporte puede ser desde ya valorado como decisivo en tanto clausura toda una etapa de teorizaciones infructuosas y abren otra plena de realizaciones concretas en las que se recortan con un perfil inconfundible estas organizaciones que nuclean a los explotados y marginados agrarios lanzados definitivamente hacia el combate revolucionario” (pag. 487)

Ferrara reconoce al Grito de Alcorta como uno de los pocos antecedentes dentro de la dominante carencia de luchas en el sector rural. Dentro de su lógica, las movilizaciones en la provincia de Santa Fe de principios del siglo XX caen obviamente y sin discusión dentro de la categoría de “levantamientos campesinos”.

“Apenas si en la reciente historia argentina se recogen algunos indicios esporádicos y fugaces de levantamientos o movilizaciones campesinas, de los que tal vez el denominado Grito de Alcorta haya sido la expresión más alta”. (pag. 7)

La predominante presencia de pequeños y medianos productores capitalizados que luego darán origen a la Federación Agraria Argentina, no es impedimento para caracterizar al movimiento de Alcorta igualmente como campesino. Esto evidencia una utilización imprecisa del concepto campesino, lo cual no sería extremadamente grave (mucho más por el uso sumamente elástico del concepto en toda la literatura sobre cuestiones agrarias) salvo por las confusiones que esto pueda generar, pero creo que fundamentalmente

representa un intento de justificar la realidad a partir de una matriz teórica determinada. Así, tanto el Grito de Alcorta como las Ligas Agrarias son caracterizadas como luchas campesinas, dada la necesidad de que exista este sujeto en la lucha social argentina para poder completar así el binomio necesario para el cambio social revolucionario. Si además tenemos en cuenta que la FAA que nace a partir de Alcorta no solo se desentenderá del problema de los productores agrarios del nordeste en los setenta, sino que además será explícitamente denunciada por las Ligas Agrarias como uno de los componentes del sector dominante aliado de los monopolios -principal enemigo de las Ligas-, se comprende más fácilmente el forzamiento teórico que implica el uso acrítico del concepto campesino.

El proceso de agitación y concientización generado por el Movimiento Rural en su última etapa junto a esta crisis que generaba una pauperización creciente fueron entonces los condimentos esenciales que permitieron la emergencia de movimientos rurales de protesta en las distintas provincias del nordeste organizados principalmente a partir del nucleamiento de los productores en cada provincia pero con una importante dinámica de articulación y conjunción a nivel regional. Estas organizaciones a nivel provincial tuvieron características diferenciales, siendo, sin lugar a dudas, las Ligas Agrarias Chaqueñas (LACH) - las primeras en fundarse -, y el Movimiento Agrario Misionero (MAM), las organizaciones más importantes en cantidad de militantes y en acciones de reivindicación y protesta. La Unión de Ligas Campesinas Formoseñas (ULICAF) y las Ligas Agrarias Correntinas (LAC) tuvieron también un desarrollo destacado con la particularidad de nuclear a productores, ahora sí, más cercanos a la caracterización más tradicional de “campesinos”, en donde el problema del acceso a la tierra adquiría una dimensión mucho más importante².

Un acontecimiento sin duda fundacional de estos movimientos agrarios fue el Primer Cabildo Abierto del Agro Chaqueño celebrado en noviembre de 1970 en la localidad de Saenz Peña. Entre las resoluciones adoptadas sobresalen la fijación de un precio mínimo, sostén y móvil para el algodón, es decir que se prestó especial atención a la posición desventajosa que los pequeños y medianos productores chaqueños venían ocupando en el mercado intentando revertir esta situación pero sin derrocar el marco socio-económico general. Ferrara, sin embargo, carga las tintas sobre el carácter radicalizado de este primer movimiento (carácter sin dudas presente en parte del discurso y los

² También existieron, pero con un desarrollo notoriamente menor y con una aparición más tardía, movimientos reivindicativos agrarios en el norte de la provincia de Santa Fe como la Unión de Ligas Agrarias de Santa Fe (ULAS) (cfr. Archetti, 1988) en la provincia de Entre Ríos, como las Ligas Agrarias Entrerrianas.

argumentos) destacando nuevamente la singular condición de campesinos que asumían estos productores.

“En este Primer Cabildo Abierto se había dado comienzo a una experiencia inédita que conjugaba, junto a la clausura de la época en que el campesinado era tradicionalmente una fuerza jugada en beneficio de los monopolios y latifundistas, la apertura de un nuevo momento signada por la promisoría creación de las Ligas” (pag. 120).

En mayo de 1971 se formaliza la creación de las ligas a partir de la designación de autoridades y la aprobación del estatuto. Las reivindicaciones, fundamentalmente orientadas a cuestiones económicas ligadas a la supervivencia de los campesinos como productores agrarios³ son profundizadas en los congresos siguientes (excenciones impositivas, inembargabilidad de maquinarias y tierras por deudas, reclamo de tierras, etc.), por medio de las cuales se va configurando un discurso antimonopólico y antimperialista. Para fines de 1972 los reclamos y las acciones se van radicalizando, multiplicándose las medidas de acción directa como el corte de rutas o su bloqueo con clavos “miguelitos” además de la profundización de los paros y huelgas agrarias. Ferrara así lo muestra, rescatando además el testimonio de un integrante radicalizado de las ligas con el que cierra su capítulo sobre las LACH:

“(las ligas agrarias son...) un movimiento de masas propio de los campesinos en la Argentina. Un movimiento que no está dentro del sistema porque lucha contra él. En vez de un sistema de explotación y de opresión, que hay que destruir, nosotros queremos construir un sistema de liberación. No queremos personería jurídica. Queremos ser dueños de nosotros mismos... La tierra es para quien la trabaja. Hay que expropiar los latifundios, entregar la tierra a los campesinos y a sus hijos... No es solo un problema de los campesinos. El obrero tiene que ser dueño de una fábrica, recuperar sus sindicatos...; los estudiantes tienen que decidir en su universidad; la cultura debe ser del pueblo; el pueblo tiene que ser dueño del gobierno” (Pag. 170)⁴

Bastante menos radicalizada y más conciliadora era la visión que las ligas tenían de sí mismas. En el folleto “Que son las Ligas Agrarias” de mayo de 1972 y utilizado por las propias ligas para *“informar, concienciar y organizar a todos los compañeros*

³ En el art. 5 del Estatuto de las Ligas Agrarias Chaqueñas (1971) se puede leer: “Constituir las ligas agrarias como instrumentos de control y de defensa de los intereses económicos y sociales de los agricultores, principalmente del sector más necesitado”. Igualmente es importante mencionar, que las LACH usan indistintamente el término campesino o pequeño-mediano productor para caracterizarse a sí mismos. El concepto campesino, no fue usado en tanto definición de una fuerte “conciencia de clase”, sino más bien como definición de una particular actividad económica ligada a la producción del campo.

⁴ Entrevista a Carlos S. Piccoli (1972)

campesinos” se puede leer, que los objetivos de las ligas son, entre otros, “asegurar la toma de conciencia permanente de todos los afiliados, en lo económico-social-educativo, denunciando las injusticias y atropellos que se cometan; con absoluta libertad de decisión buscar el desarrollo integral, la formación y la participación activa del campesinado en la decisión de la vida del Chaco, con personalidad propia, con visión de cambio auténtico, con sentido nacional y popular; fomentar la agremiación de todos los agricultores”.

Los pequeños y medianos productores misioneros también asistieron a una crisis regional que los llevó a un proceso de diversificación forzosa (tung y tabaco por ejemplo) a raíz de la caída histórica de los precios de la yerba mate. Al mismo tiempo, en un relativamente importante movimiento cooperativo se verificaba el “anquilosamiento” de una capa burocrática que terminaba defendiendo intereses propios sin consultar al conjunto. Es en este contexto que a mediados de 1971 se organiza un Comité Pro Defensa del Agro en Misiones reuniendo a una variada gama de sectores e intereses (Federación de Cooperativas de Misiones, Asociación Rural Yerbatera Argentina, Centro Agrario Yerbatero Argentino y los activistas del Movimiento Rural y sus cuadros agrarios. Finalmente y basándose en una mayor homogeneidad de intereses se crea el Movimiento Agrario Misionero el 28 de agosto de ese año a partir de una asamblea reunida en Oberá. Aquí se definen los lineamientos políticos y la organización interna del movimiento, que guarda similitud con las otras ligas ya creadas en el nordeste.

“La organización de los agricultores de Misiones había echado a andar públicamente con esta asamblea, en tanto la organización se estructuraba desde abajo, al modo como lo habían resuelto las demás entidades agrarias del Nordeste...” (pag. 321).

Este movimiento rápidamente logra posicionarse en la compleja y dinámica relación de fuerzas y sectores del agro misionero (legitimándose como representante de ciertos intereses) a través del llamado periódico a la movilización y a la lucha en las calles. Tal es así que puede decirse que el MAM recibe su “bautismo” haciendo efectivo su ingreso a la política en el momento en que el gobierno provincial decide reprimir una de sus manifestaciones, la que tuvo lugar el 20 de octubre en oportunidad de concretar una marcha hacia Posadas. La crisis tealera (violenta baja en el precio pagado por los acopiadores) que llega a su punto máximo en 1972 marca un nuevo auge en las luchas del MAM el cual llama a una huelga en acuerdo con los obreros rurales que consiste en la no entrega del té verde a los secaderos. Una vez más las empresas monopólicas son un foco

fundamental de las protestas liguistas⁵. Esta presión tuvo éxito esta vez accediendo el gobierno a las peticiones de los productores. En relación a la democratización de las cooperativas “burocratizadas” el MAM también desarrolla una tarea importante logrando un incremento de la participación que se traduce en un aumento de la conciencia política. Las luchas por los precios del té y la yerba mate se suceden a lo largo de todo el año 1972 respondiendo el gobierno con más represión. Un dato importante a resaltar y que distingue al MAM del resto de las ligas provinciales, es su accionar conjunto con los trabajadores del campo en reiteradas ocasiones, dado particularmente por la singular estructura agraria de la provincia que hacía necesaria la presencia de un proletariado rural. Este hecho es claramente resaltado por Ferrara por cuanto aporta sustancia a sus hipótesis fundamentales en relación al proceso de cambio social revolucionario.

“Precisamente es en Misiones en donde con mayor claridad se advierte la posibilidad de esta confluencia, dada la existencia de condiciones estructurales que facilitan la expresión de los obreros rurales y su organización en sindicatos que coordinen sus luchas con los agricultores, ofreciendo de este modo un frente común a los enemigos comunes” (pag. 323)

La provincia de Formosa poseía características agrarias diferentes, pues la ganadería extensiva, asentada sobre grandes latifundios, era predominante, a la que se sumaba la presencia marginal de pequeñas explotaciones agrarias minifundistas que no superaban las 25 ha. En consecuencia, el acceso y la tenencia de la tierra venía siendo un problema principal para estos pequeños productores minifundistas.

“La situación del campesinado formoseño difiere en varios aspectos de lo que se observa en el Chaco, por ejemplo. Aquí la extensión de las chacras hace predominar al agricultor pobre, destacándose la reivindicación de la tierra por sobre toda otra, incluso sobre los precios de los productos” (pag. 223)

Por otro lado, si bien el Movimiento Rural de la Acción Católica sí tuvo una presencia importante, el movimiento cooperativo en cambio estaba escasamente desarrollado. Los primeros encuentros reivindicativos están, entonces, directamente relacionados con esta situación de marginalidad relativa de los pequeños productores, los ejes los constituyen el problema de la tierra y la satisfacción de las necesidades básicas para la subsistencia, lo que permite aplicar más fácilmente la categoría de campesino a

⁵ Vale, por ejemplo, esta cita, “Pero no olvidemos que no lograremos justicia social, solución definitiva a nuestros problemas, mientras los monopolios sigan siendo los dueños de nuestra patria, de nuestro trabajo...”. En, *Amanecer Agrario* 1972.

estos pequeños productores, a diferencia de aquellos de Chaco y Misiones. A partir de las actividades del Movimiento rural también se generan en Formosa las condiciones para poner a debate y discusión los ejes-problema recién mencionados, llegando finalmente a la creación de la Unión de Ligas Campesinas Formoseñas en septiembre de 1971. Además de las movilizaciones y las tareas de concientización se agregan en Formosa la ocupación de tierras improductivas y la lucha por su tenencia, que a los ojos de Ferrara terminan forjando, una vez más, una clase con un relativamente alto nivel de conciencia por un cambio social.

“Las medidas de lucha, por último, muestran un punto de desarrollo de la conciencia del campesinado nucleado en la ULICAF en el que surgen brotes de oposición al sistema y delineadores de los objetivos a más largo alcance por lo que deberán luchar los agricultores pobres para alcanzar su efectiva liberación de la opresión monopólico-latifundista” (Pag. 250)

La provincia de Corrientes también tenía una presencia importante de latifundios con actividad ganadera dominante además de una importante actividad tabacalera ligada a grandes empresas vinculadas al capital monopólico y financiero internacional. En los intersticios de este latifundio existían una enorme cantidad de fincas minifundistas (más del 70% de las explotaciones poseían menos de 30 ha.). De esta conjunción se obtenía una diversa gama de formas de tenencia de la tierra, arrendamiento, aparcería e incluso prestaciones personales de carácter semi-feudal. Es entonces que el acceso a la tierra constituía también un grave problema en esta provincia, en donde el campesino vivía endeudado en forma permanente no llegando a cubrir sus mínimas necesidades de subsistencia. Nuevamente gracias al Movimiento Rural, pero también a la expansión del fenómeno liguista desde las provincias vecinas, la movilización de los pequeños productores se verifica, aunque más tardíamente, también en esta provincia. En julio de 1972 se constituyen formalmente las Ligas Agrarias Correntinas pero con la salvedad que el problema de la tierra no será uno de los ejes principales, sino el precio del tabaco, la forma de pago y clasificación y la modificación de las regulaciones provinciales. Pero frente a las múltiples tácticas del gobierno provincial, que van desde la represión abierta hasta las acusaciones diversas y los intentos de fragmentación y gatopardismo en el contexto de una provincia donde escasean las propuestas política críticas, las Ligas Correntinas desarrollan fundamentalmente una tarea de fuerte movilización, protesta y de

una sostenida labor propagandística y concientizadora en pueblos y colonias, que las convierte una vez más, según Ferrara, en otro núcleo intenso de resistencia radicalizada.

“Por entonces la huelga ya había demostrado la solidez de la organización de las ligas y la capacidad de lucha de la masa de campesinos, los que protagonizaban a diario las alternativas de un combate rico en experiencias. Los piquetes de huelga controlando que no llegara ni un carro con tabaco a las barracas, las concentraciones zonales en las que participaban miles de agricultores, el bloqueo de las rutas, las actividades solidarias juntamente con obreros, estudiantes, religiosos y vecinos, los enfrentamientos con fuerzas represivas y, fundamentalmente, las ollas populares representaban signos evidentes del auge revolucionario que vivían los tabacaleros” (pag. 407)

Las Ligas Agrarias como movimientos antisistémicos

La caracterización que hace Immanuel Wallerstein de movimientos antisistémicos será de utilidad para discutir la concepción campesinista y revolucionaria que toma Ferrara respecto a las Ligas. Por movimiento antisistémico, Wallerstein (2002:29) quiere “incluir en un solo grupo a aquellos que, histórica y analíticamente, habían sido en realidad dos tipos de movimientos populares diferentes”. Por una lado aquellos que se ubican bajo el nombre de “sociales” y que fueron concebidos originalmente bajo la forma de partidos socialistas y de sindicatos peleando para fortalecer la lucha de clases dentro de cada Estado. Por otro lado, los calificados como movimientos nacionales que fueron aquellos que lucharon para la creación de un Estado nacional o la liberación de este Estado cuando era considerado formalmente libre pero materialmente dependiente. Pero estos movimientos que habrían nacido separados y hasta enfrentados en muchos casos fueron lentamente confluyendo a lo largo del siglo XX por cuanto los “movimientos socialistas frecuentemente incluyeron la retórica nacionalista en sus argumentos; mientras el discurso nacionalista a menudo tuvo un componente socialista” (Wallerstein, 2002: 30).

Más allá de la retórica declamativa de Ferrara y tomando fundamentalmente la descripción y análisis que hace el propio autor de cada una de las ligas provinciales, no solo quedan dudas sobre el carácter revolucionario de su accionar sino sobre la cerrada caracterización homogénea de movimiento campesino. Se podría en cambio considerar

a las Ligas Agrarias como en sintonía con este sincretismo entre los movimientos sociales y los movimientos nacionales. El contexto revolucionario de fines de los sesenta y principios de los setenta enmarcó a estos movimientos agrarios y su accionar y su discurso se radicalizó en muchas ocasiones. Pero al mirar tanto cada uno de los estatutos, como las distintas publicaciones y principalmente al analizar las principales reivindicaciones se comprueba fácilmente la dificultad de considerarlas como orientadas hacia un “camino revolucionario”, y mucho más hacia una revolución de tipo socialista. Tanto el accionar como el enmarcamiento teórico-ideológico se vinculaba fuertemente con lo que en aquellos años se debatía en relación al problema de la dependencia. Así, quizás sea mucho más adecuado entender a estos movimientos agrarios dentro de la contradicción “liberación nacional o dependencia” que dentro de aquella que postula capitalismo versus socialismo. Claro que este planteo de liberación nacional incluía para los años setenta un fuerte componente de elementos y argumentos venidos de las diversas organizaciones y teorías del campo socialista. De aquí la posibilidad de considerar a las Ligas como expresión de este sincretismo entre movimientos sociales-socialistas y movimientos nacionales.

Las Ligas Agrarias inscribieron claramente su lucha dentro de la concepción que hacía fundamentalmente hincapié en las desigualdades socioeconómicas espacio-territoriales, definiendo así un espacio “periférico” o “subdesarrollado”, pero funcional al conjunto del modelo basado en la explotación. Su accionar entonces, se definía explícitamente desde su situación de marginalidad y “subdesarrollo” frente a la producción agropecuaria dominante que concentraba los recursos y definía las políticas dominantes. Las Ligas fundamentaban su movimiento de protesta en el proceso de exclusión que sufrían los colonos y campesinos. Un evidente proceso de privación relativa generaba condiciones aptas para la revuelta, pues luego de algunas décadas de cierto desarrollo agrícola regional en sintonía con el modelo sustitutivo de importaciones que fortalecía el mercado interno, había comenzado en los sesenta una crisis de consumo y consecuentemente una crisis de la producción. Esto se potenció dado que el nordeste representaba (y aún lo sigue representando) una región periférica y hasta excluida, frente a la región pampeana central, pero además los pequeños productores se veían sumidos en un segundo proceso de exclusión en términos de su lugar definitivamente marginal dentro de la estructura económica y social de la región del nordeste, dominada, tal como lo definían las ligas, por los monopolios. Así, es este “quedar afuera” de las condiciones favorables del

proceso de modernización y crecimiento económico, lo que abona el contexto que da origen a la rebelión agraria.

El monopolio, y el Estado cómplice, eran la causa del atraso campesino según la mirada de las ligas. Y esta asociación monopolios-estado era vista claramente como una entidad funcional al modelo de desarrollo vigente, en coincidencia con lo sostenido por la teoría de la dependencia (de aquí que asumir el gobierno peronista en 1973 con un discurso de liberación nacional y social, el accionar constestatorio de la Ligas pierde en cierta forma claridad). El cambio social era visto como resultado de la lucha entre sectores, donde indefectiblemente los agentes dominantes del sistema socioeconómico debían perder sus privilegios (causa del subdesarrollo) para redistribuir los recursos de forma más equitativa entre el conjunto de los sectores. Lejos estaba esto de cualquier perspectiva que apuntara a una revolución de tipo socialista -lo que no excluía que la explotación social fuera denunciada- aunque efectivamente se visualizaba el sincretismo de la época entre las doctrinas de la liberación nacional y cierta crítica al sistema capitalista, lo que se expresaba fundamentalmente a través de folletos y declaraciones, más que de documentos, estatutos o reivindicaciones concretas. Por lo tanto, era posible encontrar caracterizaciones del proceso liguista tales como “un movimiento de masas propio de los campesinos en la Argentina. Un movimiento que no está dentro del sistema porque lucha contra él. En vez de un sistema de explotación y de opresión, que hay que destruir, nosotros queremos construir un sistema de liberación”⁶. Esto junto a las reivindicaciones mayoritarias por precios y condiciones de comercialización confluía en conformar un movimiento agrario que bajo un discurso radicalizado apelando muchas veces a una condición de clase (campesina) presentaba por el contrario una propuesta de cambio que apuntaba solo a generar condiciones un poco más equitativas de coexistencia entre diferentes fracciones del capital y del mundo de trabajo, lejos así de cualquier “marcha revolucionaria del campesinado”.

Bibliografía y fuentes

⁶ Reportaje a Carlos Piccoli en el periódico político *La Comuna*, número 8, noviembre de 1972.

- ARCHETTI, Eduardo: *“Ideología y organización sindical: las ligas agrarias del norte de Santa Fe”*. En **Desarrollo Económico**, vol. 28, núm. 111 (octubre-diciembre 1988)
- BARSKY, Osvaldo y Jorge GELMAN: **Historia del agro argentino. Desde la conquista hasta fines del siglo XX**. Buenos Aires, Mondadori, 2001.
- BARTOLOME, Leopoldo: *“Base social e ideología en las movilizaciones agraristas en Misiones entre 1971 y 1975”*. En **Desarrollo Económico**, vol. 22, núm. 85 (abril-junio 1982)
- FERRARA, Francisco: **Que son las Ligas Agrarias. Historia y Documentos de las organizaciones campesinas del Nordeste Argentino**. Siglo XXI editores, Buenos Aires, noviembre de 1973.
- FLICHMAN, Guillermo: **La renta del suelo y el desarrollo agrario argentino**. Buenos Aires, Siglo XXI, 1982.
- LACH (Ligas Agrarias Chaqueñas): **Que son las Ligas Agrarias**, Resistencia, folleto interno, mayo 1972.
- PICCOLI, Carlos S.: *Entrevista*, en **La Comuna**, número 8, noviembre de 1972.
- ROZE, Jorge Prospero: *“Del apogeo y crisis de una burguesía hegemónica al defensismo de una burguesía en disolución. El caso del Chaco 1970-2000”*. **Revista Theomai, Estudios sobre Sociedad, Naturaleza y Desarrollo**, núm. 9, primer semestre de 2004. (versión electrónica: <http://www.unq.edu.ar/revista-theomai/numero9>)
- ROZE, Jorge Próspero: **Conflictos agrarios en la Argentina: El proceso liguista** (2 tomos). Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992.
- SLUTZKY, Daniel: **Tenencia y distribución de la tierra en la región NEA**. Buenos Aires, Consejo Federal de Inversiones, 1973.
- VILÁ, DANIEL: *“Ni hombres sin tierras, ni tierras sin hombres”*. En **Los’ 70**, año 1, nº 9, 2000, pp. 10-26.
- WALLERSTEIN, Emmanuel: *“New Revolts Against the system”*, **New Left Review**, 18, nov-dic 2002.